



Lula charla con un niño durante la celebración del día de los indígenas americanos.

::RICARDO STUCKERT/AFP

V

VIVIR
EL CORREO
03.10.09

La herencia del presidente que nació pobre

Visita al pueblo de Lula da Silva, donde sus parientes viven sin prebendas y los desfavorecidos subsisten con la 'Bolsa de Familia', su revolucionario programa social

LAS DEUDAS DEVORAN LA FORTUNA DE ROCA P6

'DON VITO', EL EMPRESARIO QUE MUEVE EL 30% DEL CARBÓN ESPAÑOL P8



Un niño juega con el agua en una fuente pública, con un grafiti de Lula en la pared del fondo. :: SILVIA IZQUIERDO/AP

En Caetés, Pernambuco, elogian la honestidad de Lula. «Cuando le pidieron un coche para tía Corina, contestó: ‘Dile que se joda’»

■ MERCEDES GALLEGO



Para José Florêncio Filho, alias Dudiña, Brasil ha dado tres nombres célebres en los 500 años de historia que tiene el país: Luiz Gonzaga, Pelé y Lula. Al primero, un compositor de música popular de Pernambuco, le conoce poca gente fuera de su país, por mucho que a él le cueste imaginárselo. El segundo llegó tan alto con el fútbol que se convirtió en el primer ministro negro de Brasil, y el tercero, su primo, en el primer presidente nacido pobre. «He oído en la tele que pasarán otros 500 años hasta que salga alguien como él», dice todo serio, como si en la tele tuvieran un método científico para medirlo. Pero es que hasta hace poco la caja tonta era en esas tierras un símbolo de clase, «y hoy entras en cualquier casa y hay una encendida», cuenta maravillado.

Este anciano vivaracho de 73 años es nuestro anfitrión en Caetés-Garanhus (Pernambuco), el pueblo de Luis Inácio Lula da Silva. Hemos llegado hasta él recomendados por el hermano mayor del presidente, Frei Chico, el sindicalista que le arrastró al movimiento laboral, y que nos ha puesto en manos de este primo segundo para conocer la pobreza en la que nacieron y a la que Lula le ha plantado batalla. El balance de sus ocho años de mandato, hoy, día en que las urnas eligen a su sucesor, es apabullante: 25 millones menos de pobres, 36 millones de nueva clase media, 14 millones de nuevos empleos.

No todo el mundo le atribuye el éxito de la bonanza económica que ha aupado a Brasil durante esta década prodigiosa, pero nadie discute el mérito de haberla repartido por primera vez en la historia con todas las clases sociales. Tradicionalmente ha sido un país donde la concentración de la riqueza era de una obscenidad aberrante, y con todo sigue siéndolo. Por eso Frei Chico admite que el gobierno de su hermano «no ha resuelto, pero ha comenzado a resolver los problemas del país».

Pernambuco es uno de esos lugares remotos a los que uno se refiere casi en broma cuando tiene que decir que algo vale en todo el mundo, «aquí y en Pernambuco». Casi como Timbuctú, en Mali, tan distante que a veces uno se pregunta si de verdad existe. Son tres horas de avión desde Brasilia, la capital del país, y cuatro de coche. A Lula, el séptimo de ocho hermanos, le costó dos semanas de viaje en un camión de ganado con toldo llamado ‘pau de arara’, que era la única forma de escapar de la hambruna con destino al cinturón industrial de Sao Paulo. «Era muy duro, a la gente le salían heridas en los bajos de ir sentados en esos camiones por caminos de terracería. No pisaban el asfalto hasta llegar a Vila María (un distrito de Sao Paulo)», relata Dudiña, «pero es que aquí pasábamos mucha hambre».

Dudiña llega envuelto en un fuerte olor a

LOS LOGROS DE LULA

25

millones de pobres menos.

La miseria se reduce

Bajo el Gobierno de Lula, el desempleo llega al 6,7% y 25 millones de personas han salido de la miseria, en la que aún se mantiene un cuarto de la población total de Brasil (más de 191 millones).

80

millones integran la clase media.

Menor brecha social

Brasil, uno de los países con mayor índice de desigualdad del mundo, ha vivido un enorme crecimiento de su clase media. 36 millones se han incorporado a este

estrato social, definido por ingresos entre 1.000 y 2.750 dólares al mes. También hay más millonarios: de 130.000 se ha pasado a 220.000.

50

millones se benefician de la Bolsa Familia.

Más planes sociales

12,4 millones de familias pobres disponen al mes de entre 22 y 200 reales (al cambio, entre 10 y 90 euros) por cumplir dos condiciones: escolarizar a los niños y vacunarlos. La Bolsa Familia llega a 50 millones de brasileños y supone el 4,5% del PIB del país. Con el gobierno anterior, los programas sociales apenas llegaban a 3 millones de personas.

colonia masculina de las de antes, de esas tipo Varón Dandy que usaban los hombres de campo a dos manos los domingos. Tiene el mate de las cataratas en los ojos y le cuelga la piel del cuello, pero no ha perdido un ápice del buen humor y la campechanería que caracteriza a su familia. Aspira el humo del cigarro sin remordimientos, porque el médico le ha dicho que el tabaco mata lentamente, y como él no tiene prisa en morir... Ha sido camionero durante 51 años, ha perdido dos hijos en la carretera siguiendo su oficio y todavía cuida de uno de 39 al que una meningitis infantil dejó retrasado mental. Ya no pasa necesidades, pero tampoco le sobra el dinero. «Cogemos su coche, así no gasto yo gasolina del mío», resuelve con una sonrisa picarona.

El gobierno de Lula afronta en sus últimos días una nueva acusación de nepotismo y tráfico de influencias. La denuncia puede impedir hoy, en la primera vuelta de las elecciones, que su candidata, Dilma Rousseff, obtenga la victoria contundente que le daban las encuestas hace tres semanas; pero el pueblo de Caetés encierra la respuesta de por qué los votantes no culpan a Lula de esa corrupción.

«Cuando llegó a la presidencia mi hermano dio órdenes a todo su gobierno de que no atendiese ninguna solicitud de sus familias», explica Frei Chico. A él mismo le llegó el turno cuando la tía Corina pidió que le compraran un coche. «Dile a la tía que se joda», atajó Lula. «No sería correcto que yo beneficiara a mis parientes. Todos pueden errar, pero yo no».

Hijo de una santa y un demonio

La propia hermana menor de Lula, Rose, sigue de cocinera en una escuela de Sao Paulo, y Gilberto Ferreira, un primo directo que nos presenta Dudiña, trabajaba en el campo hasta que hace poco le asaltó una fiebre reumática a los 63 años. Ahora se pasa las horas sentado a la puerta de su casa, frente al centro de salud municipal Doña Lindu, que inauguró el presidente para el pueblo en memoria de su madre, «una santa», según cuenta todo el mundo.

Eurídice Ferreira de Melo sacó adelante a ocho criaturas engendradas por la furia de un marido alcohólico y desalmado del que nadie en Caetés tiene nada bueno que decir. Un día cogió el camino a Sao Paulo con la excusa de buscar fortuna, pero en realidad se arrejó con otra mujer más joven a la que hizo otros ocho hijos.

Al cabo del tiempo, doña Lindu recibió una carta firmada por su marido, pero que en realidad había escrito su hijo mayor, que haría de abusos ya no soportaba seguir con él. Así, vendió las tierras, los animales y cuanto poseía, y partió hacia Sao Paulo. Vivir en la casa chica sufriendo los exabruptos violentos de un marido ausente, salvo para dar palos en sus borracheras, resultó



SU PRIMO DUDIÑA

«He oído en la tele que pasarán otros 500 años hasta que salga alguien como él»





1

SU VIDA

➤ más insoportable que el pedregal de Caetés. Así que cogió de nuevo los bártulos y se mudó con sus hijos al barrio industrial de San Bernardo, donde Lula se convertiría en mecánico y líder sindical. Allí cerró la campaña este jueves en su último gran acto electoral antes de empezar la jornada de reflexión, porque aunque la Constitución no le permita presentarse más de dos veces seguidas, ha puesto toda la carne en el asador por la candidatura de su heredera; como si tuviese una labor inacabada. La idea de que su plan es volver al poder en cuatro años recibe una evasiva filosófica de su primo Gilberto. «Quién sabe», suspira. «Quién sabe si cualquiera de nosotros estará aquí mañana».

Gilberto jugaba con él al fútbol de pequeño y disparaba a los colibríes con tirachinas, pero no está dispuesto a mitificar a su primo con el aura de superdotado que algunos le quieren atribuir. Para él era un niño normal, que sólo sobresalía por tener la cabeza muy grande.

La frase triunfal de su madre cuando dijo «éste será alguien», como recoge la película 'Lula, el hijo de Brasil', tiene una explicación más práctica que visionaria, según explica su hermano Frei Chico. «Mamá pensaba que él iba a ser alguien porque estábamos en Sao Paulo y aquí había escuelas y él podía hacerse un curso (de mecánico) en Senai, como acabó haciendo. Ella hablaba tanto de Lula

Nombre: Luiz Inacio da Silva
Fecha: 27 de octubre de 1945
Lugar: Caetés (Pernambuco)
Familia: Hijo de Aristides y Eurídice, labradores que emigraron a Sao Paulo.
Empleos: A los 12 años empezó como limpiabotas. Luego fue vendedor ambulante y a los 14 años ingresó en una empresa metalúrgica. En 1966 se inició en el sindicalismo. Veinte años después fue diputado y en 2002, presidente electo de Brasil

como de Rose (los dos menores), pero Rose era mujer y su tendencia era casarse, como lo hizo». Doña Lindu se partió la cara muchas veces con su marido para mandar a los niños a la escuela a escondidas, pero no aceptó que lo adoptase una maestra deslumbrada por su inteligencia. «¿Va a impedirle usted que llegue a ser alguien?», le chantajeó. Pero ella no sucumbió.

Cuando salió de Caetés a los 7 años, Lula no sabía leer ni escribir. Tuvo que esperar mucho para devorar los libros que le han formado de adulto. Muchas veces ha lamentado no haber tenido la oportunidad de cultivarse

más: quizás por eso, el gran programa social de su mandato, que ha transformado la sociedad, es el que condiciona la ayuda del gobierno a que los padres envíen a sus hijos a la escuela y les vacunen.

«Prometió arroz y lo tenemos»

'Bolsa Familia', juran los críticos, no fue tanto un invento de Lula sino una refundición de varios programas sociales creados por su antecesor, Fernando Henrique Cardoso. Pero como le reconoce Carlos Pereira, experto de la Brooklyn Institution, «no sólo los agrupó y fortaleció, sino que los expandió a muchos millones de personas que antes no tenían acceso». Como Edileuza Oliveira da Silva, que esta semana pasaba por el Ministerio de Educación de Caetés, ventanilla para todo. «Antes pasábamos hambre, ahora nos ha cambiado todo. Lula nos prometió que los pobres veríamos arroz en la mesa y lo vimos. Por eso voy a votar por Dilma, porque yo creo que va a hacer lo mismo. Confío en lo que diga Lula».

Los críticos ven en las casi 13 millones de familias que se benefician del programa a 50 millones potenciales de votos cautivos, pero nadie puede decir que el 2,5% de todo el gasto público que supone la Bolsa Familia sea un despilfarro insostenible. Cada 19 de mes, Edileuza va al cajero automático con su tarjeta y saca los 132 reales que le transfiere el

Estado. Inmediatamente va al mercado y se los gasta en arroz, azúcar, aceite, café... No le da para todo el mes, el resto del tiempo lo cubre con lo que saca de su cosecha. Unos frijoles, un poco de yuca, leche de «la vaquiña» que se compró con un crédito sin intereses del gobierno «para darle leche a los niños y tener algo que vender», explica.

Con 132 reales «hay que ser un mago para alimentar a una familia», admite el gerente de Bolsa Familia, «pero imagínese sin ellos». La mujer de 46 años no se lo tiene que imaginar. Los seis meses que la transferencia dejó de llegarle por motivos que nadie le ha sabido explicar, «lloré mucho», confiesa avergonzada. «Compraba fiado en el mercado y luego no podía pagar, ya no sabía cómo iba a salir de aquella». Su temor: que pensarán que había dejado de mandar a sus hijos al colegio, algo que, según jura, haría con Bolsa o sin ella, a diferencia de los que prefieren

Los críticos ven en los 13 millones de familias con ayudas sociales a 50 millones de votos cautivos



1. El primer baño de Lula en las playas de Piauí, hace cuatro años.
:: RICARDO STUCKERT/EFE

2. Con su mujer Marisa Leti y ropas tradicionales en un festival de verano.
:: RICARDO STUCKERT/EFE

3. Durante su campaña para gobernador del estado de Sao Paulo, en 1982.
:: CLOVIS CRACHI/AP

4. La casa donde nació y vivió sus primeros años, en Caetés.

ponerlos «a cosechar frijoles», como le pasó a ella de niña. «Conozco todas las letras pero no soy capaz de juntar una palabra», lamenta. Como Edileuza, el 40% de los campesinos -10% de los brasileños- es tan analfabeto como el Lula que salió de Caetés en 1952.

La calidad de la educación en escuelas donde a veces no hay ni pupitres sigue siendo uno de los grandes temas pendientes del Brasil que deja Lula, pero con cada niño que estudia y come algo más que harina de yuca se redime un pedacito de su infancia perdida, en la que sólo quedaba soñar. «Me gustaría un planeta en el que no hubiera más niños necesitados», suspira Frey Chico pensativo, «que todos los niños tuvieran la oportunidad de estudiar, que el mundo fuera más perfecto en su distribución de la renta, que se atendiese a los más necesitados, que no hubiera esa disparidad en la que unos lo tienen todo y otros no tienen nada... pero para eso íbamos a tener que hablar de política, y eso nos llevaría muchos años», se arrepiente antes de colgar. En la venta de Caetés, su primo Dudiña todavía no ha probado la cachaza (el aguardiente nacional), pero ya entona emocionado a su ídolo Luis Gonzaga en el retrato de una sequía. «Ay, ay Dios mío, que será de nosotros, Dios mío, Dios mío. Así hablan los pobres en el noreste seco, con el temor a la peste y a un hambre feroz», suena la canción.

La miseria de los zapatos

«No tiene sentido reflexionar sobre los zapatos», empezaba irónico hace un siglo Herbert George Wells en su didáctica socialista, al comprender que los niños pobres que veía sentados a la puerta de las casas no eran «idiotas», sino víctimas de un mal calzado que les truncaba sus poderosos bríos infantiles. Y es que hasta que no se experimenta en carne propia la verdadera miseria puede ser más difícil de imaginar que los recovecos del alma ajena.

Cuando el director Fábio Barreto desembarcó en un pedregal de Caetés para rodar el comienzo de su película 'Lula, el hijo de Brasil', se había propuesto apegarse a la realidad con fidelidad religiosa, pero sus testigos

de la época se llevaron pronto las manos a la cabeza.

«¡Cómo!», gritaron espantados. «Ustedes no han entendido nada, nosotros no éramos pobres, ¡éramos miserables! No teníamos zapatos». Y así es como hubo que quitar las sandalias a los pequeños actores traídos de Sao Paulo, donde se llevaría a cabo el resto del rodaje.

Dudiña, el pariente que llevó a este periódico de vuelta al abismo del que salió Lula, recuerda que su madre le compró las primeras chanclas -«de cuero, las hacían para durar»- a los 7 años, pero para no estropearlas iba andando descalzo hasta el mercado, allí se lavaba los pies y se las ponía con orgullo. «Hoy tengo unas de esas de plástico has-

ta para meterme en la ducha», sonríe satisfecho. «Y me gustan».

Desde fuera, la modesta casucha en la que se rodó la película ya es superior a la de barro en que nació Lula, pero cuando su hermano entró al set de rodaje sugirió que sacaran la mitad de las cosas. No había zapatos en los armarios, ni cuadros en la pared, los vestidos estaba hechos de sacos...

La producción, que acaba de ser seleccionada para representar a Brasil en la carrera por el Oscar a la mejor película extranjera, ha querido centrarse en ese aspecto poco conocido de la vida del presidente brasileño, que cuando fue invitado a ver el resultado, rodeado de 2.500 sindicalistas, sollozó

en silencio durante todo el pase. «Al encenderse las luces tuvo que irse a un reservado para recomponerse antes de salir a hablar», cuenta Barreto. «Y eso que evitamos ensañarnos con la violencia del padre, sólo pusimos un par de escenas duras. En realidad, ese hombre era un animal».

Para saber su verdadera dimensión hay que irse a la biografía de Denise Paraná en la que se basa la cinta. La escritora, que no oculta su pasión por Lula, defiende lo que sus críticos califican de propaganda como la necesidad de ahondar en el fondo de un personaje que considera el autor de «una verdadera revolución silenciosa». «Ha sacado a 28 millones de personas de la pobreza absoluta y elevado a 36 millones de pobres a la clase media sin derramar una sola gota de sangre ni expropiar nada. Nunca ha habido un gobierno mejor».